

## Guarda del corazón

Rebeca Reynaud

Las batallas de Dios se ganan o se pierden en el corazón.

Evagrio Póntico, autor del siglo IV, es quien hizo la primera lista de pecados capitales, denominándolos *vicios malvados*. En lugar de siete, los pecados nombrados por Evagrio eran ocho: gula o *gastrimargia*, lujuria o *fornicatio*, avaricia o *philargyria*, tristeza o *tristitia*, vanagloria *ocenodoxia*, ira, orgullo o *superbia* y apatía o *acedia*. Más tarde la acidia y la tristeza se juntaron con la pereza.

El término acidia es un legado griego. Se deriva de *akedia*, que significa falta de cuidado. Hace referencia a la falta de cuidado en el orar y cumplir con el trabajo del día. Es tan grande la fatiga interior, que se experimenta odio por el lugar y por los compañeros. Lo único que se desea es salir corriendo y dejar todo atrás. La acidia es la falta de gozo por las personas y por el trabajo. El amor se enfría y sobreviene una tristeza profunda que lleva a pensar "ya no más". Esto puede provocar que el hombre se aleje de lo que le entristece o bien que volteé hacia otro lado buscando cosas nuevas que le produzcan placer. A esto habría que anteponer lo que Benedicto XVI sugiere en su encíclica sobre el amor, pedirle a Dios ayuda para decir: "no más yo".

La lucha tiene un frente dentro de nosotros mismos, el frente de las pasiones. Toda persona experimenta que el corazón a veces se desordena. *Se trata de guardar el corazón de lo malo, pero no se trata de guardarlo por guardarlo*. Podemos experimentar la rebelión del cuerpo, pero para eso están la inteligencia y la voluntad. Al tratar a Dios no prescindimos de los afectos del corazón; más aún, procuramos centrarlos en Él. Hay que procurar una *oración cálida*, huir de la frialdad de corazón y del sentimentalismo.

Dios Padre le dijo a Santa Catalina de Siena: "Mis servidores tienen penas corporales, pero su espíritu está siempre libre, quiero decir, que no tienen ninguna tristeza de sus penas, porque su voluntad está acorde con la mía" (*Diálogo*, XV, 45).

El corazón es, en la tradición bíblica y cristiana, el lugar donde residen el entendimiento y la voluntad, los criterios, las actitudes, la mentalidad de cada uno de nosotros; a diferencia de la actualidad donde se suele considerar al corazón como el lugar de los sentimientos y emociones.

La palabra "corazón" aparece 873 veces en la Biblia, porque lo que Dios quiere, realmente, es nuestro corazón. Así, dice el Deuteronomio: Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. (Dt 6: 5-6). También: Cuidad bien que no se pervierta vuestro corazón y os descarriéis a dar culto a otros dioses, y a postraros ante ellos (Dt 11:16). El Libro de I Crónicas dice: Bien sé, Dios mío, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con rectitud de corazón, y ahora veo con regocijo que tu pueblo te ofrece espontáneamente tus dones (29:17). El profeta **Ezequiel** escribe: Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne (11:19).

En el Nuevo Testamento, San Mateo escribe: Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. En los Hechos, San Lucas dejó escrito: La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos (4:32). San Pablo, en la carta a los Colosenses dice: Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres (3:23). La carta de Santiago instruye así: Si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana (1:26).

**Juan Pablo II dijo en Francia:** Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amados... El corazón es la apertura de todo el ser a la existencia de los demás, la capacidad de adivinarlos, de comprenderlos. Una sensibilidad así, auténtica y profunda, hace vulnerable. Por eso, algunos se sienten tentados a deshacerse de ella, encerrándose en sí mismos... Jóvenes de Francia: ¡Alzad más frecuentemente los ojos hacia Jesucristo! El es el Hombre que más ha amado, del modo más consciente, más voluntario, más gratuito... ¡Contemplad al Hombre-Dios, al hombre del corazón traspasado! ¡No tengáis miedo! "Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberar el amor de sus equívocos y de sus falsificaciones. Fue él quien transformó el corazón de Zaqueo, de la Samaritana y quien realiza, hoy todavía, por todo el mundo, parecidas conversiones. Me imagino que esta noche, Cristo murmura a cada uno y a cada una de entre vosotros: "¡Dame, hijo mío, tu corazón!". Yo lo purificaré, yo lo fortaleceré, yo lo orientaré hacia cuantos lo necesitan: tu propia familia, tu comunidad, tu ambiente social... El amor exige ser compartido". Sin Dios el hombre pierde la clave de sí mismo, pierde la clave de su historia. Porque, desde la creación, lleva en sí la semejanza de Dios" (nn. 5 y 6).

El tiempo de oscuridad es un estado de desolación, de acedia y apatía. Un fracaso, una decepción, un hecho doloroso, pueden llevarnos a la oscuridad y al abatimiento. Es el momento de recordar que esos estados no son permanentes, son parte de la vida. Una de las tentaciones más fuertes en este tiempo es la de creer que la tristeza no pasará nunca.

El mundo se divide en dos grandes partes: las personas que aman a Dios con todo su corazón, porque lo han encontrado, y las almas que lo buscan con todo su corazón, pero que todavía no lo han encontrado. A los primeros el Señor les manda: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón;* a los segundos les promete: *Buscad y encontraréis.*

Salvador Canals dice: Pregúntate a cuál de esas dos partes perteneces para saber lo que tienes que hacer. Y no olvides que, si sientes que te falta algo, lo que en realidad te falta es Dios Nuestro Señor, que no está presente todavía en tu vida o que no lo está con la debida plenitud. Quiero recordarte una verdad muy sencilla, el corazón del hombre ha sido creado para la felicidad y no para la mortificación, para la posesión y no para la renuncia. Y esta exigencia de felicidad y de posesión es ya una realidad preciosa aquí sobre la tierra; una preciosa y bellísima realidad que, para manifestarse, no espera a nuestra entrada en el paraíso.

Si el corazón humano ha sido creado para la felicidad, felicidad que debe comenzar aquí abajo, sobre la tierra –y ésta se halla solamente en Dios–, tienes que admitir que el sendero que a ella conduce no puede ser otro que el de la guarda del corazón.

La ciencia de la guarda del corazón se compone de orden y de lucha, de defensa y de ataque, de conocimiento y de decisión, de renuncia y de sufrimiento; pero todo se ordena hacia la felicidad y hacia su posesión.

Guardar el corazón quiere decir conservarlo para Dios, vivir de modo que nuestro corazón sea su reino... Guardar el corazón quiere decir también amar con pureza y con pasión a quienes debemos amar, y excluir al mismo tiempo los celos, las envidias y las inquietudes, que son causas ciertas de desorden en el amar. Si imaginamos al corazón como un campo de batalla, podemos decir que esa ciencia enseña a vivir continuamente como los centinelas en las avanzadas.

Verdad es que el camino no es fácil, pero cuando el corazón ha alcanzado la purificación completa, Dios nuestro Señor, con su presencia y con su amor, ocupa el alma y todas sus potencias: memoria, inteligencia, voluntad. Y de este modo la pureza del corazón conduce al hombre a la unión con Dios.

En la escuela del corazón podemos aprender, en un instante, más cosas de cuantas nos puedan enseñar en un siglo los maestros de la tierra. Sin la guarda del corazón, por más que queramos empeñarnos, no llegaremos nunca a la santidad (Salvador Canals, *Ascética meditada*, Ediciones Rialp, 1962).

«La guarda del corazón, el examen de si mismo y el discernimiento, son las tres virtudes que guían al alma» (Sentencia de los Padres del desierto).